



NÚMERO 821

14 DE JUNIO DE 1915

AÑO XXXII

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 y 2.-Trajes de verano

Ayuntamiento de Madrid



3 a 8 — Sombreros de playa

SUMARIO

TEXTO. — Descripción de los grabados. — Crónica de la moda. — Consejos útiles. — La obligación y la devoción. — Oliverio Twist, novela de Carlos Dickens (continuación). — Recetas culinarias y sus patrones.

GRABADOS. — 1 y 2. Trajes de verano. — 3 a 8. Sombreros de playa. — 9 a 26. Labores para las señoras. — 27 y 28. Trajes de cortejo. — 29 y 30. Trajes para señoritas. — 31 y 32. Chaqueta corta.

FIGURÍN ILUMINADO. (Suplemento.)

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

1 y 2. TRAJES DE VERANO.

Primer traje, de tafetán glacé, orlado de pequeñas coronas; cuerpo, mangas y borde de la falda recortados marcando ondas redondas. Cuello Médicis y delantero de encaje de Venecia. Cinturón de tafetán negro, formando un ancho lazo a un lado y bieses de muselina de seda por el borde de la falda.

Segundo traje, de tafetán azul, con torera guarnecida de un plegado de tafetán adecuado, abriéndose sobre una blusa de fino encaje color de marfil. Falda fruncida al estilo de las aldeanas, guarnecida de plegados. Ancho cinturón drapeado de la misma tela.

3 a 8. SOMBREROS DE PLAYA.

Henos de nuevo en la feliz temporada de vacaciones, y nos precisa pensar en los trajes que debemos llevar para dirigirnos a esas playas y chalets, siguiendo la costumbre de cada año.

Cierto que es perentorio pensar en los trajes que precisan, pero los sombreros nos atraen con preferencia, por cuanto prestan a toda mujer un sello puramente personal, efecto del buen gusto en la elección.

Así pues, presentamos algunos modelos para las mamás, las jóvenes y las niñas. El adorno de flores debe ser sobrio, porque éstas se ajan muy pronto en pleno aire.

El II está guarnecido de rosas encarnadas, único color que resiste las brisas marinas. Los bordes de tul, que vuelven a estar en uso para dar un poco de sombra a los bellos rostros, amortiguarán un poco el efecto de los rayos del sol.

I. *Sombrero* encajado de tafetán a cuadros azules y blancos, con escarapelas de cinta de tafetán blanco y hebilla guarnecida de tafetán abullonado.

II. *Gran canotier* de paja, con el borde también de paja,

pero de fantasía; dos rosas encarnadas van colocadas delante y detrás.

III. *Pequeño sombrero* de piqué blanco, con cinta plegada y cosida formando cabecilla de tafetán color de cereza.

IV. *Canotier* de piqué blanco, adornado de una ancha cinta de terciopelo negro, con un lazo liso en el delantero.

V. *Sombrero* de paja blanca, con un volante de tul negro, copa con pequeño volante de linón blanco bordado y cinta de terciopelo negro.

VI. *Sombrero de niña*, de paja de Italia, adornado de un volante de encaje que le rodea: rosas color de rosa y cinta con largas bridas de color azul pálido.

9 a 26. LABORES PARA LAS SEÑORAS.

He aquí, queridas lectoras, algunas preciosas fantasías de fácil labor, que a la vez que nos permiten adornar la casa con esas muestras de habilidad, constituyen agradable distracción.

1. *Almohada* para cochecito de niño. Un ancho entredós monta un volante fruncido. Lazo de cinta rosa o azul celeste.

2. *Colcha* para cochecito de linón bordado a la inglesa. Un ancho entredós monta el volante de linón. Lazos de cinta azul pálido o rosa.

3. *Pantalla* de seda esponja color de rosa, compuesta de un gran cuadro, con un entredós de fino encaje; un bordado a la inglesa guarnece los ángulos.

4. *Almohadón* redondo de raso color de malva, guarnecido de anchas tiras de malla bordada; bellotas de plata a cada punta.

5. *Servilleta* de centro, bordada a la inglesa y al plumetis.

6. *Servilleta* de centro, cuadrada, con entredoses incrustados y encaje; los ángulos van adornados de bordados a la inglesa.

7. *Pie de jarra*, de hilo, con dobladillo calado y encaje.

8. *Cubrebandeja* bordado a la inglesa, con dibujos formando cuadros bordados de encarnado; festón encarnado alrededor.

9. *Cuadro para fotografía*. Se frunce una cinta sobre un cuadro recortado de cartón, formando un lazo a uno de los lados.

10. *Cubreplano* bordado a la inglesa, o con cuadros de encaje de Venecia o de Cluny.

11. *Camino de mesa* de hilo antiguo, con calados y entredoses de malla.

12. *Almohadilla* de raso color de paja, guarnecida de un volante de encaje y un galoncito de oro; lazo de cinta de raso.

13. *Puños* de linón, con calados y pequeño plegado de linón.

14. *Cuello* de organdí, con calados y un lazo de raso negro.

15. *Pañuelo* bordado al plumetis y festoneado.

16. *Cuello* de organdí, con solapas guarnecidas de calados.

17. *Cuello y peto* de linón, guarnecidos de encaje de Valenciennes y un lazo de terciopelo negro.

18. *Pañuelo* de batista, bordado a la inglesa y festoneado.

27 y 28. TRAJES DE CORTEJO DE BODA.

I. *Traje* de novia, de velo de seda, con rizados de tafetán. Cuello plegado, de encaje muy fino. El mismo finísimo encaje orla el borde de las mangas, que llevan ramitos de flores de azahar.

II. *Traje* de doncella de honor, de tul punto de espíritu con cuerpo y falda guarnecidos de trencillas. Cuello y parte inferior de las mangas de tul plegado. Ancho cinturón drapeado. 29 y 30. TRAJES PARA SEÑORITAS.

I. *Traje* de lencería para señorita de 16 años, bordado a plumetis en blanco. Peto y mangas de muselina. Volantes bordados y ancho cinturón drapeado. Cuello plegado.

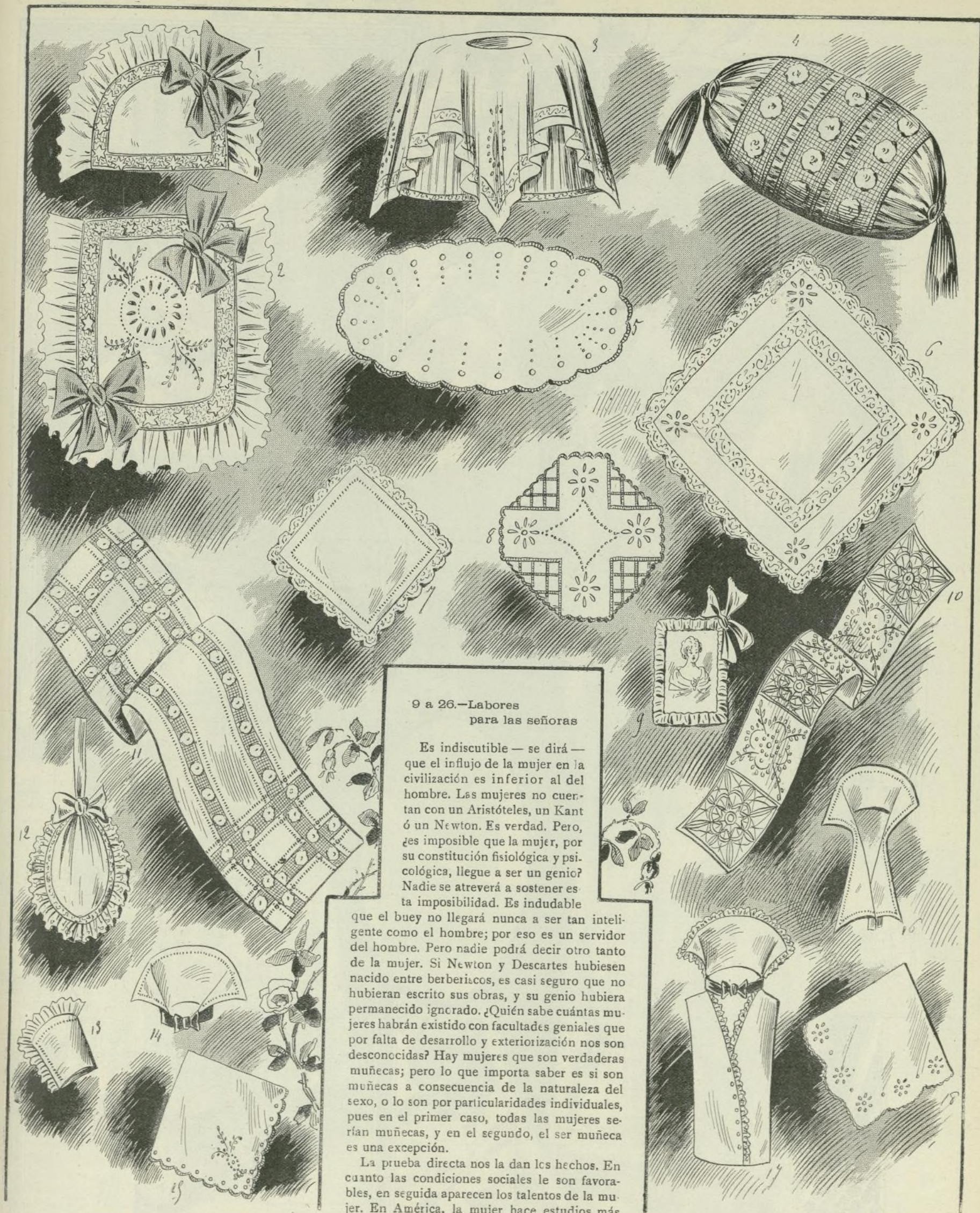
II. *Traje* bordado a la inglesa. Cuello y mangas de muselina blanca. Cinturón de otomano, con ancho lazo detrás. Borde de falda terminado por un abullonado.

CRÓNICA DE LA MODA

Jamás se le ha ocurrido a una persona sensata—dice Novicow—que la camella sea menos inteligente que el camello, o la oveja que el carnero. Estaba reservado a la especie humana tener un sexo por inferior al otro.

La diferencia entre los sexos no es un hecho de orden fisiológico ni psíquico, sino de orden social. El hombre, desde los primeros tiempos, se consagró con preferencia a la caza y a la guerra; la mujer, al cuidado de sus hijos y de su casa: por esta diferencia de ocupaciones, el tipo fisiológico de la mujer se modificó en cierta medida; se hizo más débil, pero más graciosa que el hombre. La caza y la guerra han revestido en los primeros tiempos cierto carácter de dignidad y honorabilidad; y como la mujer ha sido excluida de estas tareas, ha quedado rebajada, por lo mismo, a los ojos del hombre; pero no por eso es inferior.

Es un convencionalismo decir que el hombre tiene más vigor muscular que la mujer; hay hombres débiles y mujeres fuertes, y generalizando, se ve que la obrera soporta once horas de trabajo en la fábrica y le quedan fuerzas para soportar otras cuatro horas de trabajos caseros. Y en cuanto al valor, hay mujeres mucho más animosas que los hombres, y de ello son testimonio histórico Juana de Arco, Carlota Corday, María Pita, Agustina Zaragoza, Mariana Pineda, etc.



9 a 26.—Labores
para las señoras

Es indiscutible — se dirá — que el influjo de la mujer en la civilización es inferior al del hombre. Las mujeres no cuentan con un Aristóteles, un Kant ó un Newton. Es verdad. Pero, ¿es imposible que la mujer, por su constitución fisiológica y psicológica, llegue a ser un genio? Nadie se atreverá a sostener esta imposibilidad. Es indudable

que el buey no llegará nunca a ser tan inteligente como el hombre; por eso es un servidor del hombre. Pero nadie podrá decir otro tanto de la mujer. Si Newton y Descartes hubiesen nacido entre berberiscos, es casi seguro que no hubieran escrito sus obras, y su genio hubiera permanecido ignorado. ¿Quién sabe cuántas mujeres habrán existido con facultades geniales que por falta de desarrollo y exteriorización nos son desconocidas? Hay mujeres que son verdaderas muñecas; pero lo que importa saber es si son muñecas a consecuencia de la naturaleza del sexo, o lo son por particularidades individuales, pues en el primer caso, todas las mujeres serían muñecas, y en el segundo, el ser muñeca es una excepción.

La prueba directa nos la dan los hechos. En cuanto las condiciones sociales le son favorables, en seguida aparecen los talentos de la mujer. En América, la mujer hace estudios más extensos que el hombre, y es superior intelectual-

mente a éste. Pero supongamos que, tras largos años de experimentos, se demostrase que la mujer no sirve para el cultivo de las matemáticas o de la arquitectura, por ejemplo. ¿Probará eso su inferioridad? No. Euler no era capaz de escribir una ópera como Mozart; para un aficionado a la música, la facultad de escribir *Don Juan* vale más que la posi-

bilidad de resolver ecuaciones de cuarto grado; para un matemático sucede al contrario.

Se afirma que la inferioridad de la mujer proviene de que debe ejercer la función de la maternidad, y que ésta impide el desarrollo intelectual; pero ni todas las mujeres tienen hijos, ni el tenerlos afecta al desenvolvimiento de las facultades intelectuales.

Atendiendo a la inteligencia, nada más falso que la inferioridad intelectual de la mujer. Uno de los hechos en que se apoya este error, es el peso del cerebro; pero hay muchos cerebros masculinos más ligeros que los femeninos; además, si el peso absoluto es mayor en el hombre, el peso relativo es mayor en la mujer.





Gaston DROUET, Editeur Paris

EL SALON DE LA MODA

Reproduction Prohibida

Montaner y Simon Editores Barcelona.

XXIX - 821

*Solución Gautaubege, el
remedio más eficaz para curar enfer-
medades del pecho las toses recientes y
antiguas, las brouquitis crónicas.*

Ayuntamiento de Madrid



La "CRÈME SIMON", Es un
producto maravilloso para el
cuidado del rostro y su belleza.
— Polvo de arroz y jaboncillo
à la "Crème Simon".

PL. 149





JO Y PARA SEÑORITAS

Ayuntamiento de Madrid



31.—Chaqueta corta

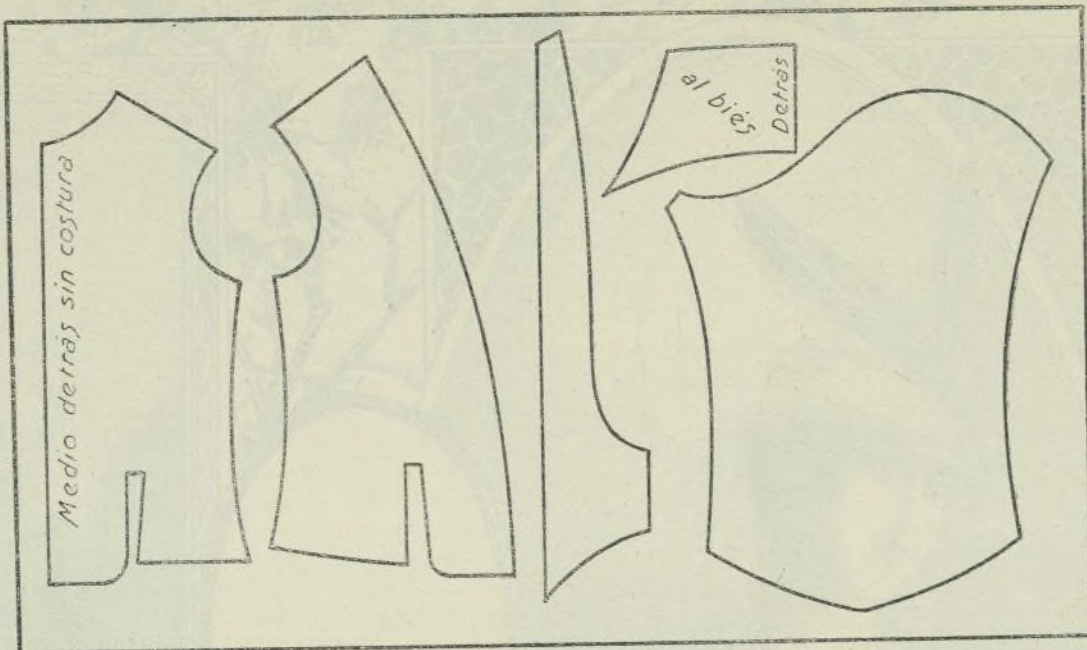
Es de gran novedad confeccionada con género de lana lisa color manteca, y color azul pálido el chaleco; se adorna con trencilla del mismo color del chaleco, y por debajo de éste está indicado un peto, cuya hechura se deja a la discreción y buen gusto de cada cual.

La mujer no tiene menos aptitudes virtuales que el hombre, y, por lo tanto, no es fisiológicamente inferior. «Todos los descubridores de verdades, todos los inventores—dice Tarde—, han sido en la antigüedad hombres libres; los esclavos no inventaban nada.» Esto se aplica perfectamente a la mujer; si su producción intelectual ha sido inferior a la del hombre, es debido a las desventajas de su posición social. La mujer, en el período del salvajismo, fué la cosa, la esclava del hombre; cuando más tarde se estableció un régimen de relativa justicia, la mujer hubiera podido emanciparse; pero el espíritu tradicional y rutinario se opuso a ello, hasta que llegó un día en que la iniquidad de las instituciones quedó patentizada. Entonces se trató de explicar la servidumbre de la mujer, declarándola inferior en inteligencia al hombre; era la manera de legitimar el atropello. Pero aunque así fuese, ¿no hay hombres inferiores al promedio? ¿Y se les condena por eso a verse privados de sus derechos civiles y políticos? Pues ¿por qué se ha de privar de estos derechos a la mujer?

CONSEJOS ÚTILES

El morfínismo es una plaga engendrada por el abuso de las inyecciones de morfina, y su desarrollo está limitado a los enfermos que se someten a ellas; pero el abuso del opio es plaga que puede adquirir mucha mayor extensión, y que amenaza invadir el Occidente, después de los estragos hechos en Oriente, de donde la traen a Europa los militares y empleados de las posesiones europeas en Asia.

En Tolón y en Marsella, primero, y luego en París, Lyon, el Havre, Cherburgo, Brest, Rochefort y Burdeos, se han instalado fumadores de opio, no sólo en establecimientos especiales, sino en casas particulares, pues el *demi monde* ha entrado con entusiasmo en la moda, y no son las mujeres las menos aficionadas a la pipa de opio, que las permite olvidar todos sus cuidados y vivir en el mundo de los sueños fantásticos. Hasta en casas distinguidas no se privan de este placer, y después de la comida se fuma el opio en familia; la señora da la señal a sus invitados de pasar al fumadero, y el marido prepara las pipas a los asistentes, que se extienden sobre almohadones, pasando una parte de la noche en charlar y fantasear tomando te.



32.—Patrones de la chaqueta corta

El arte de fumar el opio, dice la *Revue Universelle*, no es menos delicado que el de aculotar una buena pipa; se introduce una bolita de extracto de opio tostado, lavado, aireado y fermentado, de unos cinco centigramos, en una especie de urna agujereada y fijada en un tubo de bambú que llega a la boca; se enciende la bolita, y es preciso hacerla arder por completo de una sola chupada, aspirando de una sola vez todos los vapores. El fumador se encuentra entonces tan beatíficamente satisfecho, tan lejos de la realidad, tan confiado en sí mismo y en el porvenir, que deja a un lado todas sus ocupaciones y preocupaciones.

El europeo que se aficiona al opio no se conforma, como el asiático, con una pequeña dosis; se empieza fumando una o dos pipas diarias, y pronto se fuman cinco, diez y cincuenta, no siendo raros los fumadores que llegan a cien pipas diarias. La necesidad de fumar es irresistible, y la voluntad se halla tan enervada en el fumador de opio, que nada le detiene; en esos momentos, que no se hable al fumador de los deberes ni de las obligaciones más sagradas: pierde el sentimiento de su responsabilidad, y no atiende a nada ni a nadie; en su alocamiento sólo subsiste la necesidad urgentísima de aspirar a toda costa un poco de opio.

Contra este mal el mejor remedio es la profilaxis, y el doctor Brunet reclama la adopción de medidas preventivas, sobre todo la de prevenir a los jóvenes destinados a la vida colonial de las miserias que les esperan si se entregan al opio; para ello nada mejor que mostrarles algunos fumadores llegados al marasmo: de andar vacilante, de ojos hundidos, de mirada estúpida; sujetos a violentos dolores de cabeza, a trastornos digestivos, a retenciones de orina dolorosas y a una vejez tan prematura como desdichada.

LA OBLIGACIÓN Y LA DEVOCIÓN

La pobre Petra, que sostenía, con el trabajo de sus manos, a sus ancianos padres, fué tan afortunada, que alivió su apretada situación con la suerte de diez mil duros que ganó jugando a la Lotería, merced que alcanzó del Cielo por su fervorosa oración.

Ya en la segunda parte de su rezo podía pedir algo que mucho le interesaba, y era un buen esposo.

Y por consejo de doña Jesusa, su grande amiga, y mujer muy apegada al altar, redubió sus oraciones, y, efectivamente, alcanzó de Dios un buen marido, pero no toda la felicidad que anhelaba, porque las cargas de su familia aumentaban los gastos, y era preciso recurrir de nuevo a la sencilla, y más cómoda que todas, solución de la Lotería.

Doña Jesusa era de las que no salían de la iglesia, y acompañando y animando a Petra en sus buenas esperanzas, allí se pasaban casi todo el día, mientras que en su casa todo andaba, como vulgarmente se dice, a la «zarpalagrén», sin orden en los menesteres, sin cuidado en los hijos, sin gobierno en el puchero, todo, en fin, en el más lamentable desconcierto.

Tan de madrugada ir a la iglesia Petra y Jesusa y tan de tarde volver Jesusa y Petra, y en aquel lugar tan frío pasarse las horas muertas, cogieron una grave enfermedad, y he aquí que al poco tiempo se nos mueren las dos beatuconas, más rezadoras que providencias de su casa.

Y al marido de Petra le cayó la Lotería.

Y no de broma, que realmente así fué, cobrando diez mil duros que la suerte feliz le deparó.

Iban ellas de viaje por aquellas regiones de ultratumba pensando qué les sucedería a la llegada, cuando se encontraron con otra buena mujer que hacía la misma jornada.

Hablaron de su futuro destino, y parecióles a las rezadoras que su acompañante había de pasarlo muy mal, porque, por atender al trabajo de esta azarosa vida, sólo por los domingos acudía a la iglesia, y todavía bien aprovechando el tiempo.

Al llegar a las puertas del Cielo, hallaron, muy cerca del celoso y santo portero del Paraíso, al Diablo, que estaba reclamándolas por suyas.

Las tres temían cada una por sí misma y aun dudaban del destino de las otras, pero sobre todo las beatas temían por la pobre dominguera.

He aquí la sentencia que recayó sobre las tres:

Compasivo San Pedro con su tocaya, la mandó al Purgatorio, por el abandono de sus obligaciones, y menos mal que salió tan bien parada.

A la infeliz Jesusa se la llevó, contentísimo, el Diablo, porque no entendió jamás que «la obligación es antes que la devoción», y mejor visto, a los ojos de Dios, su cumplimiento que las largas e inútiles oraciones.

Y a la tercera mujer, hacendosa en los sagrados afanes del hogar y de breve pero intensa oración eficaz y fructuosa, cúpole la infinita merced de entrar en el Cielo.

Esto contó un labrador, apellidado Basgoiti, y no sin sacar preciosa moraleja de que

La mujer que por la iglesia
deja el puchero quemar,
tiene la mitad de diablo
y de ángel la otra mitad.

T. G.

OLIVERIO TWIST

NOVELA DE CARLOS DICKENS

(Continuación)

CAPITULO X

Oliverio permaneció muchos días en la habitación del judío, ocupado en marcar los pañuelos que en gran cantidad le entregaban y en tomar parte algunas veces en el juego que hemos descrito y que se repetía ordinariamente todas las mañanas entre el judío y los dos muchachos. Después de algún tiempo empezó a sentir deseos de ir a tomar el aire y pidió muchas veces con instancia al anciano que le permitiera ir a trabajar con sus dos compañeros.

Oliverio deseaba más ir a trabajar porque conocía

al viejo judío. Cada vez que el *Truhán* o Charlot Bates llegaban por la noche con las manos vacías, les dirigía un enérgico sermón acerca de los inconvenientes de la pereza y de la ociosidad, y para que quedara bien grabada en su memoria la necesidad de ser activos, les mandaba a la cama sin cenar. Y aun algunas veces, llevado por el fervor de sus recomendaciones virtuosas, había intentado tirarles por la escalera.

En fin, una hermosa mañana Oliverio obtuvo el permiso que había solicitado con interés: hacía dos o tres días que no había pañuelos que marcar y las comidas habían sido miserables. Es probable que estos motivos decidieran al viejo judío, puesto que de repente dijo a Oliverio que podía salir, encargando su guarda a Charlot Bates y al *Truhán* su amigo.

Los tres partieron: el *Truhán* con las mangas dobladas y el sombrero encima de la oreja, como acostumbra; Bates con las manos metidas en los bolsillos, y Oliverio entre los dos, preguntándoles dónde se dirigían y qué clase de trabajo iban a emprender.

Iban caminando con paso indiferente y con tanta pereza, que Oliverio empezaba a creer que habían salido para engañar al viejo judío y no para ir al taller. El *Truhán* se entretenía en quitar las gorras de los chicos que encontraba y en tirarlas dentro de las tiendas; Charlot Bates, por otro lado, parecía desconocer toda noción del derecho de propiedad, puesto que escamoteaba de las cestas de los revendedores manzanas y cebollas, metiéndolas en sus bolsillos, tan grandes que parecían ocupar la mayor parte de su traje. Parecióle a Oliverio este proceder tan reprehensible, que estaba a punto de manifestar su intención de volverse a casa de la manera que le fuese posible, cuando le llamó la atención la sorpresa del *Truhán*, que se paró de repente en una actitud extraña.

Acababan de salir de un pasaje estrecho a poca distancia de Clérkenwell, que se llama todavía, por un extraño abuso de palabras, la plaza Verde, cuando el *Truhán*, agachándose un poco y poniéndose un dedo sobre los labios, hizo señal a sus compañeros con el mayor sigilo.

—¿Qué hay?, preguntó Oliverio.

—¡Chut!, murmuró el *Truhán*; ¿ves ese viejo a la puerta de aquella librería?

—¿Aquel viejo caballero, al otro lado de la calle? Efectivamente, le veo.

—Vamos a darle que hacer, dijo el *Truhán*.

—¡Famoso encuentro!, añadió Charlot Bates.

Oliverio miró a sus dos compañeros con sorpresa; mas sin dejarle tiempo de preguntar, atravesaron la calle con paso rápido y se pusieron detrás del viejo, que era objeto de su atención. Oliverio les seguía a algunos pasos de distancia, y no sabiendo si él debía avanzar o retroceder, permaneció inmóvil, con los ojos muy abiertos.

El anciano era un caballero de noble aspecto: su traje consistía en una levita verde botella con cuello de terciopelo negro, pantalón blanco, y llevaba debajo del brazo una caña de bambú. Estaba hojeando un libro, que acababa de comprar, con la misma atención que si hubiese estado en su despacho. Tal vez imaginábase estar en él, puesto que estaba tan absorto que no distinguía, ni el mostrador de la tienda, ni la calle, ni los jóvenes, ni cuanto le rodeaba: era el principal objeto de su atención aquel libro que leía concienzudamente, página por página y con creciente interés.

Grande fué el horror y espanto de Oliverio, parado pocos pasos atrás, al observar que el *Truhán* metió la mano en el bolsillo del anciano y sacó un pañuelo que entregó a Charlot Bates, huyendo en seguida los dos precipitadamente.

En un instante el misterio de los pañuelos, de los relojes, de toda la bisutería y hasta de la existencia del mismo judío representóse a la imaginación de aquel muchacho. Oliverio se había quedado parado; pero el miedo calentó tanto su sangre que le pareció estar entre brasas; avergonzado y confuso, no sabiendo casi qué hacer, resolvió escaparse de prisa.

Todo esto fué obra de un minuto; en el instante en que Oliverio emprendía la fuga, el anciano, buscando su pañuelo en el bolsillo y no encontrándolo, volvióse bruscamente y vió al chico que se escapaba. Creyendo que era un ratero, corrió tras él, sin

soltar el libro, y empezó a gritar «¡al ladrón!, ¡al ladrón!»

No estuvo largo tiempo el anciano gritando solo: el *Truhán* y Bates, para no llamar la atención, corriendo a escape, se habían metido en un portal al revolver la calle; pero así que oyeron gritar ¡al ladrón! y vieron que Oliverio escapaba, comprendieron perfectamente todo lo que había pasado, y, como buenos ciudadanos, se agregaron a la comitiva gritando también ¡al ladrón!

A pesar de que Oliverio había sido educado por buenos filósofos, no conocía aquel admirable axioma que dice que la conservación de sí mismo es la primera ley de la naturaleza: si él lo hubiese conocido, es indudable que hubiera estado preparado para evitar lo que le acababa de suceder; mas su ignorancia sirvió para que acabara de asustarse y por esto corría como el viento, perseguido de cerca por el viejo y aquellos dos muchachos.

El grito de «¡al ladrón!, ¡al ladrón!» parece ser una palabra mágica: al oírlo el lonjista deja su mostrador, el carretero su carreta, el carnicero su cesta, el panadero su banasta, el lechero su cántaro, el mozo de cordel su carga, el escolar su juego y el niño su pelota. Todos se lanzan en confuso desorden gritando, atropellando a los transeúntes, excitando los perros y promoviendo una espantosa algarabía. En calles, plazas y paseos resuena el mismo grito ¡al ladrón!, ¡al ladrón!, cien veces repetido, y la confusión aumenta a cada instante. Ella continúa su curso; las ventanas se abren y todos salen de sus casas precipitadamente; hasta los titiriteros se ven abandonados por sus espectadores en lo mejor de la función.

¡Al ladrón!, ¡al ladrón! El hombre tiene siempre el deseo de perseguir cualquier cosa. Un desdichado niño, falto de aliento, ahogado de fatiga, medio muerto de espanto y anegado en sudor, redobla sus esfuerzos para librarse de los que le persiguen; mas se le sigue la pista; a cada momento se gana terreno, y a medida que sus fuerzas decaen, los gritos redoblan y los hurras aumentan: «¡al ladrón!, ¡le han cogido!», exclaman todos con alegría; ¡ah!, sin duda le han detenido por el amor de Dios, más que por piedad.

En fin lo han detenido. ¡Grande hazaña, a la verdad! Se le atiende sobre el suelo y la gente se agrupa a su alrededor, y hasta luchan unos contra otros para verle.

—¡Despejad!

—¡Dejadle respirar!

—¡Maldito!, ¡no vale la pena!

—¿Dónde está el caballero!

—Aquí está.

—Haced paso a este señor.

—¿Es éste el muchacho, caballero?

—Sí.

Oliverio estaba tendido en el suelo, cubierto de lodo y de polvo, echando sangre por la boca y mirando con ojos de espanto a la gente que le rodeaba, cuando el anciano fué introducido en medio del círculo, contestando a las preguntas que le dirigían con ansiedad.

—No, dijo el anciano con tono compasivo, me parece que éste no es el ladrón.

—¡Le parecéis, dijo la gente; ¡qué buen hombre!

—¡Pobre niño!, replicó el anciano; está herido.

—No, señor, dijo un ganapán adelantándose; esto es que yo le he dado un puñetazo y ciertamente que me he herido la mano con sus dientes; yo soy quien le ha cogido, caballero.

Al mismo tiempo se quitó el sombrero y sonrió neciamente, esperando recibir alguna recompensa por su trabajo; mas el anciano le miró con disgusto y dirigió a su alrededor una mirada inquieta como si buscara el medio de evadirse. Probablemente lo hubiera conseguido, ocasionando con esto una nueva persecución, si un individuo de la policía, ordinariamente las últimas personas que llegan en semejantes casos, no hubiese penetrado entre el tropel y cogido por el cuello a Oliverio.

—Vamos, levántate, le dijo bruscamente.

—No soy yo, señor, no, os lo juro: son esos dos muchachos, decía Oliverio torciéndose las manos con desesperación; deben estar por aquí.

—¡Oh!, no, ya estarán muy lejos, dijo el agente, que creyendo chancearse decía la verdad, puesto que el *Truhán* y Charlot Bates habían escapado por la

primera calle que encontraron. Vamos, levántate.

—No le hagáis daño, dijo el anciano con acento compasivo.

—¡Oh!, no, no se lo haré, repuso el agente.

Así diciendo, y como para confirmar sus palabras, cogió a Oliverio por sus vestidos desgarrados y le dijo:

—Arriba, ya te conozco; no es a mí a quien has de engañar; pronto de pie, tunante.

Oliverio que apenas podía sostenerse, hizo un esfuerzo para andar, y el agente, llevándole siempre cogido por el cuello, se alejó con rapidez. Siguióles el anciano marchando al lado del oficial de policía, y la multitud que encontraban se apartaba para dejarles pasar, en tanto que los pilletes lanzaban gritos de alegría siguiendo a los principales actores de aquella escena.

CAPITULO XI

El delito se había cometido en el distrito y hasta en las inmediaciones de una oficina central de policía bien conocida. La muchedumbre no tuvo, por lo mismo, el placer de escoltar mucho tiempo a Oliverio. En Mutton-Hill se le hizo pasar por debajo de una bóveda bastante baja, que conducía a un patio muy sucio, situado detrás de la justicia verbal: en aquella habitación encontraron un hombre de elevada estatura con patillas muy grandes y un grueso manojo de llaves en la mano.

—¿Qué hay de nuevo?, preguntó con interés.

—Un joven ratero, contestó el agente de policía que conducía a Oliverio.

—¿Es a vos a quien han robado, caballero?, preguntó el hombre de las llaves al anciano.

—Sí, contestó éste; mas no estoy seguro de que sea ese muchacho el que me ha quitado el pañuelo. Yo... preferiría que le soltarais; tengo mucho que hacer y no puedo permanecer aquí.

—Yo he de presentarme a esta hora al comisario, contestó aquel hombre, y por lo tanto vais a quedar libre al instante. Por aquí, bribonzuelo.

Al decir esto, intimó a Oliverio a que entrara en un cuartito, cuya puerta estaba abriendo. Registróse a Oliverio, y después de no haberle encontrado nada encima, le encerraron con cerrojo dejándole solo.

Aquella pequeña habitación parecía una cueva: era sumamente oscura y despedía un olor insufrible: esto acontecía un lunes por la mañana y habían estado encerrados allá, desde el sábado por la noche, algunos borrachos: esto, sin embargo, no pasa de ser más que un detalle, puesto que en nuestras cárceles, hombres y mujeres son encerrados, por pretextos los más frívolos, en oscuros y húmedos calabozos, mientras que la prisión de Newgate, morada de los más grandes criminales, condenados como tales a la pena capital, es un verdadero palacio. Si alguien duda de esto, no tiene que hacer más que dar un motivo para que le metan en ella y conocerá la justicia de nuestra observación.

El anciano parecía estar tan afligido como Oliverio, cuando la llave del carcelero giró en la cerradura; y suspirando miró tristemente al libro, causa inocente de todo aquello.

(Continuará.)

RECETAS CULINARIAS

Sopa de pasta

Para cualquier clase de pasta ha de utilizarse siempre el caldo del cocido; para que salga bien la sopa se ha de poner tres tazas de pasta para un litro de caldo aproximadamente; se echa la pasta cuando el caldo está hirviendo y se mueve bien con una cuchara de madera; cuando empieza a ablandarse se separa del fuego y se deja reposar algunos minutos; se sirve en seguida para que no se espese demasiado.

Merluza con salsa de avellanas

Una vez limpia, debe elegirse un buen trozo del medio o de la cola; cúrase con sal en agua o en vino blanco, mójanse después piñones o avellanas, un poco de perejil, un ajo pequeño y un poco de pan tostado; macháquese en el almirez todo esto y viértase sobre la cazuela donde se cuece la merluza, desatando este compuesto con caldo, vino o agua, y sírvase después de haber dado un hervor.

LA EMPERATRIZ EUGENIA

Apuntes históricos íntimos, por J. B. ENSEÑAT

Un tomo lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

DENTIFRICOS HIGEA
ELIXIR
POLVOS
CREMA**AVISO A LAS SEÑORAS****EL APIOL DE LOS RES JORET-HOMOLLE**CURA
LOS DOLORES, RETARDO,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOSF.^a G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS**LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA**SAVONAROLA - LUTERO - CALVINO - SAN IGNACIO DE LOYOLA
POR D. EMILIO CASTELAREsta obra, ilustrada con láminas en colores y grabados en acero, consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadernados con hermosas tapas alegóricas, y se vende al precio de **120 pesetas**, pagadas en doce plazos mensuales, en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.**ANEMIA** DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el Verdadero. El mas activo y economico, el unico inalterable.—Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts, Paris.**Historia de los Romanos**

DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA LA INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS

OBRA ESCRITA POR **VÍCTOR DURUY**

INDIVIDUO DEL INSTITUTO DE FRANCIA Y EXMINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

TRADUCIDA DE LA ÚLTIMA EDICIÓN POR D. CECILIO NAVARRO

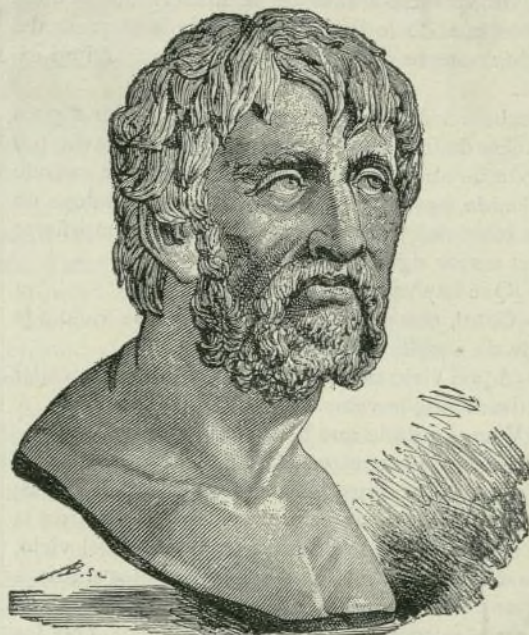
EDICIÓN PROFUSAMENTE ILUSTRADA

No ha existido pueblo alguno en el mundo tan grande como el antiguo pueblo romano; grande en sus instituciones, en sus empresas, en sus hombres, en sus virtudes y hasta en sus vicios. Al lado de Roma todo es pequeño, raquítico, mezquino. Sus armas dominan el mundo conocido; sus legisladores dictan códigos que prevalecen aún en las naciones modernas más cultas; sus poetas cantan en dulces o en épicos versos que a todos sus sucesores han servido de modelo y que ninguno de ellos ha podido superar; sus artistas dejan tan sembrada de espléndidas manifestaciones la ciudad del Capitolio, que todos los bárbaros reunidos, y aun los mismos siglos, destructores más implacables todavía, no pudieron acabar con ellas. La influencia ejercida por el pueblo romano en los destinos del mundo subsiste a través del tiempo; el conocimiento de su historia es tan interesante hoy por hoy, como el día que tuvieron lugar los hechos en ella narrados.

Varios han sido los autores, muy respetables algunos de ellos, que han medido sus fuerzas escribiendo bien la historia general de ese pueblo, bien alguno de sus períodos más importantes. Ninguno, empero, pudo satisfacer las exigencias de la crítica, hasta que Víctor Duruy ha realizado la ardua empresa a que tituló HISTORIA DE LOS ROMANOS.

Una obra de tan excepcional mérito merecía una edición digna de ella y creemos haberlo conseguido pues en el ramo de ilustraciones, tan esencial en publicaciones de esta índole para facilitar la inteligencia del texto, se publican verdaderas novedades copiadas de los principales museos de Europa.

Dos tomos en cuarto ricamente encuadernados, 34 pesetas.



SÉNECA, bronce existente en el Museo de Nápoles

NUEVA IMPRESION DE OBRAS NOTABLES**NERÓN**

ESTUDIO HISTÓRICO POR D. Emilio Castelar



NERÓN JOVEN, busto del Capitolio, sala de los Emperadores.

Tres tomos profusamente ilustrados con vistas de monumentos romanos, notables objetos de arte, reproducciones de estatuas de los principales personajes que figuran en el libro, copias de los originales que existen en los museos de Roma, Nápoles, Florencia, El Vaticano, Louvre, etc., etc.

Agotada la edición de este precioso libro, y con el propósito de atender a los pedidos que tenemos, hemos decidido completar un número de ejemplares que ponemos a la venta al precio de 5 pesetas el tomo encuadernado, para los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA y a 6 pesetas para el público en general.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN